



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.033

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

SABADO 13 DE ABRIL DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—co rresponsables en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

AVISO AL COMERCIO

El único Representante de la LEGIA JABONOSA marca MIRABET, en las provincias de Murcia y Albacete es:

D. CLARO VILLAR POLO
ANGEL 1, PRINCIPAL
CARTAGENA.

PARA HUERTAS Y JARDINES.

PUERTAS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picazas, plantadores, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastri- los de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para vi- ñas, apados, vertederas, grifos y válvulas, tapones para balsas, des- granadoras de maíz, bombas eco- nómicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artifi- cial para vallas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el instrumental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

¡ANDA ANDA!

(COLABORACION INÉDITA.)

I

No muy distante de una aldea de Alemania, cuyo nombre no recuerdo, se descubre una casita que al esconderse entre el doblado rama- je de los árboles de su huerto, pare- ce blanca paloma que mal oculta en su nido, goza las dulzuras del apacible sueño que aquellas soledades la ofrecen.

Una tarde me acerqué rendido por la fatiga á su puerta y una an- ciana de cabellos tan blancos como el copo que hilaban sus descarna- dos dedos, me ofreció albergue, y mientras que temblando la escu- chaban dos chiquillos encarnados como cerazas, me contó la siguien- te historia.

II

Hace ya muchos años, cuando eran rubios mis cabellos, sonrosa- das mis mejillas y galano mi tallo, tal día como hoy la tarde del Vier- nes Santo me quedé sola en casa.

Mis hermanos,—todos están ya en el cielo,—habían echado conmi- go suertes para ver quien dejaba de ir á escuchar el sermón en el que el señor cura había de recor- dar la muerte del Salvador, y la bola negra me tocó á mí.

Hacia ya largo espacio que el sol había pasado de la mitad de su carrera. Ligeras nubes encapota- ban á trechos el cielo azul, como si hasta el firmamento quisiera ves- tir de luto en tan triste día.

El silencio y la soledad de estos lugares era magistralmente so- lemne; sólo se escuchaban los ayes del viento al mover las ramas flo- jas.

Sentada en un escaño delante de la tapia, con un libro de oración

sobre la falda, distraía la tristeza que sentía por no haber ido á la al- dea como mis hermanos, cuando de pronto el primer toque de cam- pana que doblaba tristemente hirió mis oídos.

Me levanté instintivamente, y mis labios comenzaban á murmu- rar una oración, cuando vi llegar hacia mí un anciano.

Su traje andrajoso y tan cubier- to de polvo como la barba blanca que le cubría el pecho, su rostro en el que el sufrimiento y la fatiga habían impreso su horrible huella, indicaban que aquel hombre era un desdichado. Por eso le tendí mi mano.

Una sonrisa de agradecimiento fue su respuesta.

—¿No queréis descansar? le dije.

—Descansar, murmuró, descansar es la única dicha que ambicio- no: más ¡ay! no puedo. ¿Has oído el primer toque de esa campana? Pues solo me es dado detener mi carrera hasta que se escuche el úl- timo... después volveré á empre- der mi marcha.

Su acento era tan doloroso que partía del corazón.

—¿Y donde os dirigís? le pregun- té en un momento de silencio.

—¿Lo se yo acaso? contestó. Mi sino es recorrer la tierra de uno á otro confín: dejar pedazos de mis piés ora en los helados páramos del polo, ora en los abrazados are- nales de Africa. La fatiga desgarró mi pecho, mis piernas parecen no poder soportar el cansancio, y sin embargo, no puedo tomar un pun- to; siempre una voz inflexible me está gritando: ¡Anda! ¡Anda!

Mucho sufrí, buen anciano; pero contadme vuestras penas, que di- cen que el mal se alivia cuando hay quien lo escuche compadecido.

—Tus palabras niña, son para mí tan dulces como el rocío para las flores. Estoy tan acostumbrado á que todos huyan de mí, que tu bondad me parece un sueño. ¿Quié- res saber mi historia? ¡Vas á oír! ¡quien sabe si después de escuchar- la me rechazarás horrorizada co- mo todos me rechazan!

Le ofrecí un jarro de cerveza, que apuré de un solo trago; volvió á rehusar el asiento con un gesto de dolor, y apoyándose en el nudoso tronco que le servía de báculo, co- menzó:

III

—Tú sabes que más allá de los mares hay una tierra, rica y seño- ra un día, miserable y esclava hoy. Esa tierra es Judea? Las flores más olorosas, los más sabrosos frutos producía; solo abrojos é infecundos arenales tiene hoy.

Entonces, era la elegida de Dios;

ahora sobre su frente pesa una mal- dición eterna.

Hace muchos años, muchos viví yo en la ciudad más rica de Judea, en la gran Jerusalem. Una tarde sentado á la puerta de mi casa go- zaba de las delicias del reposo á la sombra de una parra, que con sus hojas anchas é inquietas apenas de- jaba llegar hasta mí un rayo de sol, cuando un extraño rumor, me sacó del dulce sueño que comenza- ba á embargarme... ¡Quien me di- jera que aquel sueño era el último que debía de gozar!

Un hombre criminal llevaban al suplicio.

Su rostro pálido hasta la lividez, era correctamente hermoso.

Su figura en que se adivinaba la majestad, estaba á la sazón encor- bada bajo el peso de un leño que llevaba sobre sus hombros.

Estenuado por la fatiga, debilita- do por la sangre que corría por su frente, llegóse á mí y me rogó le permitiese descansar un instante... Lo tomé, por un criminal y le rechazé con dureza.... Mis labios mur- muraron una sola palabra.

—¡Anda!
Esta palabra es mi más horrible sentencia.

Mirome un punto, esperando sin duda que mi resolución cambiara, pero su sonrisa era tan dulce que aquella mansedumbre me irritó de tal modo que, dejando mi asiento puse la mano sobre sus hombros y empujándole violentamente repetí: —¡Anda, anda!

Una lágrima brotó de sus ojos. Creí entonces que lloraba por su suerte; después he comprendido que se compadecía de la mía. Volvió á mí los ojos y murmuró con una voz que no olvidaré jamás:

—¿Que ande me dices! pues bien andaré, pero mi carrera será corta; la tuya en cambio no acabará nunca; no olvides que tú lo has queri- do, yo también te digo anda; pero al decirte esto añado: anda y espera.

Seguí el hombre su marcha y maquinalmente le seguí. Llegó á un punto en que elevaron un supli- cio afrentoso y en él lo clavaron.

Mucha jente le contemplaba go- zándose en sus tormentos.

El, se compadecía de sus verdu- gos, como se había compadecido de mí, y entre sus verdugos no ha- bía uno que se apiadase de él.

Su madre lloraba al pié del sup- licio y sus lágrimas no hacían me- lla en nuestros corazones. Los pá- jaros tienen á veces mejor corazón que el hombre. Las golondrinas fueron arrancando una á una las espinas que por escarnio habían coronado su cabeza.

Unos momentos después el már- tir espiraba.

Al espirar se rasgó el velo que cubría mi inteligencia y por prime- ra vez vi con los ojos de la fé.

¡Aquel hombre era el Redentor del mundo!

Me horroricé de mi crueldad, y por huir de los sitios en que pudie- ra recordarle, comencé á andar, y andando estuve todo el día. Llegó la noche, las fuerzas comenzaban á faltarme y quise hacer alto; en- tonces una voz que parecía salir de

los abismos encontrando su eco en la bóveda celeste me gritó:

¡Anda! ¡Anda!
Desde aquel día siempre corrien- do tras un fantasma misterioso, im- pellido por esa imperiosa voz que me ordena seguir siempre, voy de- jando la huella de mis plantas en toda la extensión de la tierra. Hoy estoy aquí... ¿quién sabe dónde es- taré mañana?

Cuando las fuerzas parege que quieren abandonarme la voz vuel- ve á gritarme:

—¡Anda! ¡Anda! Y entonces co- bro nuevo vigor y no me detengo nunca huyendo de mí mismo. Si quiero inclinarme en el claro arro- yo para apagar la sed que me de- vora, en su fondo veo retratada la escena del Calvario y horrorizado yo mismo me grito:

¡Anda, anda!
Centenares de generaciones han pasado sobre la tierra desde enton- ces.

Imperios poderosos han nacido y han vuelto á hundirse en el polvo. Mi carrera en tanto no cesa: Solo cuando cada año llega este día, cuando las campanas anuncian que á esta hora murió el que vino al mundo por redimir nuestras culpas, entonces me detengo hasta que sue- na su último toque; y entonces re- cordando que el Salvador me dijo también: ¡Espera! espero de él, y me siento aliviado.

IV

Doblé entonces por última vez la campana. El anciano se estremeció besó mi mano y se alejó murmu- rando:

—¡Adios, Adios!
Quise detenerle y con los ojos que parecían saltarse de las órbi- tas, me interrumpió:

—Imposible, imposible! ¿Oyes el viento murmurar entre las copas de los árboles? Pues escucha bien, y verás como es la implacable voz que me grita:

—¡Anda, anda!

V

La anciana cesó de hablar.

La tarde declinaba, mis fuerzas se habían reparado y abandoné pa- re siempre aquella casita blanca.

Tan honda impresión había deja- do en mi alma la historia que aca- baba de escuchar, que al salir, mi mirada inquieta parecía buscar la descarnada figura del misero judío.

Aun hoy que han pasado tantos años desde que la vi, cuando llega ese día lleno de melancólicos fe- cueros, en que la Iglesia conme- mora la muerte del Salvador y oi- go doblar tristemente las campanas pensando en el eterno peregrino, como si mi voz pudiera llegar hasta él para darle nuevos alientos, murmuro recordando las sublimes palabras del redentor:

¡Anda, anda!... ¡Pero espera!
ANGEL R. CHAVES.
Madrid 12 de Abril 1895.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

«El Diario de Cádiz» aboga por una suscripción nacional para construir un

buque exactamente igual al «Reina Re- gente».

¡Por Dios compañero!
¿Es que quiere usted que se repita la suerte de la voltereta?

De la cárcel de Jaén se han escapado media docena de presos.

Permanecemos fieles á las tradiciones que dan carácter.

Y siguen escapándose los presos co- mo siempre y continúan sin interrupción los ladrones robando los templos.

En Madrid ha sido detenido un agente de la autoridad que se apoderó, en una iglesia, del portamonedas de una se- ñora.

A la justicia prender.

Por supuesto, el agente se ha defen- dido y ha manifestado que no tomó el portamonedas sino que se lo encontró.

En la duda se le ha dado la libertad y la cesantía.

Eso es buscarle al castigo el punto medio.

Que no es justo, sino defectuoso, por defecto ó por exceso.

A estas horas se está constituyendo á toda prisa en Chicago, una república de niños.

La novísima institución infantil debe extenderse, según el programa, á todos los Estados Unidos, y se compondrá de una cámara legislativa y de un congre- so federal.

Cada una de las escuelas de Chicago ha enviado dos delegados á la Asamblea constituyente, un niño y una niña.

El objeto principal que se persigue con esta institución es despertar el senti- miento patriótico en todos los adeptos.

Entre esto y apedrearlos por las calles, como hacen los chicos de por acá, es preferible jugar á los hombres, como hacen la gente menuda de los Estados de la Unión.

En aguas de Tarifa ha sido encontra- da una carta, escrita con lápiz, que lle- va la firma supuesta de un tripulante.

Cuando apareció la odietra botella en aguas de Asturias orogó «El Imparcial» que había un alma negra en España.

Ahora ya se sabe que hay dos.

Porque sólo teniendo el alma negra se puede tomar á broma cosa tan triste como el naufragio del «Reina Regente».

Segue la policía de Madrid sorpren- diendo las partidas de juego.

Si eso pasa donde el juego estaba per- seguido ¿qué no se jugará donde está tolerado?

En un pueblo de la provincia de Viz- caya ha muerto un chico á causa de un pelotazo.

No hay juego que no tenga quiebras.

NOTAS

Solemne, grandiosa, resultó la fiesta religiosa que anoche tuvo lugar en la iglesia de la Caridad, para conmemo- rar la Soledad de María.

En el altar Mayor habíase construido un monte Calvario y sobre él destaca- base, junto á la Cruz, símbolo de re- dención y de villa, la figura hermosa de la Madre de Jesús, atornillada por un destello de luz; cuando que nos re- cuerda aquel drama sublime; cuyos in- cidentes y detalles forman las primeras páginas del cristianismo.

Dió comienzo al religioso acto con el Pro peccatis de Rossini cantado por el Sr. Casoria.

Después ocupó el púlpito el presbí-